## CINCO SEMANAS EN GLOBO *Julio Verne*

### Capitulo 1

El día 14 de enero de 1862 había asistido un numeroso auditorio a la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, plaza de Waterloo, 3. El presidente, sir Francis M .... comunicaba a sus ilustres colegas un hecho importante en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos.

Aquella notable muestra de elocuencia finalizaba con unas cuantas frases rimbombantes en las que el patriotismo manaba a borbotones:

"Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (ya se sabe que las naciones marchan universalmente a la cabeza unas de otras) por la intrepidez con que sus viajeros acometen descubrimientos geográficos. (Numerosas muestras de aprobación.) El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no faltará a su origen. (Por doquier.¡No! ¡No!) Su tentativa, si la corona el éxito (gritos de: ¡La coronará!), enlazará, completándolas, las nociones dispersas de la cartografía africana (vehemente aprobación), y si fracasa (gritos de: ¡Imposible! ¡Imposible!), quedará consignada en la Historia como una de las más atrevidas concepciones del talento humano. (Entusiasmo frenético.)"

-¡Hurra! ¡Hurra! -aclamó la asamblea, electrizada por tan conmovedoras palabras.
-¡Hurra por el intrépido Fergusson! -exclamó uno de los oyentes más expansivos.

Resonaron entusiastas gritos. El nombre de Fergusson salió de todas las bocas, y fundados motivos tenemos para creer que ganó mucho pasando por gaznates ingleses. El salón de sesiones se estremecio.
Allí se hallaba, sin embargo, un sinfín de intrépidos viajeros, envejecidos y fatigados, a los que su temperamento inquieto había llevado a recorrer las cinco partes del mundo. Todos ellos, en mayor o menor medida, habían escapado física o moralmente a los naufragios, los incendios, los tomahawk de los indios, los rompecabezas de los salvajes, los horrores del suplicio o los estómagos de la Polinesia. Pero nada pudo contener los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M .... y la Real Sociedad Geográfica de Londres, sin duda, no recuerda otro triunfo oratorio tan completo.
Pero en Inglaterra el entusiasmo no se reduce a vanas palabras. Acuña moneda con más rapidez aun que los volantes de la Royal Mint. Se abrió, antes de levantarse la sesión, una suscripción a favor del doctor Fergusson que alcanzó la suma de dos mil quinientas libras. La importancia de la cantidad recaudada guardaba proporción con la importancia de la empresa.
Uno de los miembros de la sociedad interpeló al presidente para saber si el doctor Fergusson seria presentado oficialmente.
-El doctor está a disposición de la asamblea -respondió sir Francis M...
-¡Que entre! ¡Que entre! -gritaron todos-. Bueno es que veamos con nuestros propios ojos a un hombre de tan extraordinaria audacia.
-Acaso tan increíble proposición -dijo un viejo comodoro apoplético- no tenga más objeto que embaucarnos.
-¿Y si el doctor Fergusson no existiera- -preguntó una voz maliciosa.
-Tendríamos que inventarlo -respondió un miembro bromista de aquella grave sociedad.
-Hagan pasar al doctor Fergusson -dijo sencillamente sir Francis M...
Y el doctor entró entre estrepitosos aplausos, sin conmoverse lo más mínimo.
Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura y constitución normales; el subido color de su semblante ponía en evidencia un temperamento sanguíneo; su expresión era fría, y en sus facciones, que nada tenían de particular, sobresalía una nariz asaz voluminosa, a guisa de bauprés, como para caracterizar al hombre predestinado a los descubrimientos; sus ojos, de mirada muy apacible y más inteligente que audaz, otorgaban un gran encanto a su fisonomía; sus brazos eran largos y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo propio de los grandes andarines
Toda la persona del doctor respiraba una gravedad tranquila, que no permitía ni remotamente acariciar la idea de que pudiese ser instrumento de la más insignificante farsa.
Así es que los hurras y los aplausos no cesaron hasta que, con un ademán amable, el doctor Fergusson pidió un poco de silencio. A continuación se acercó al sillón dispuesto expresamente para él y desde allí, en pie, dirigiendo a los presentes una mirada enérgica, levantó hacia el cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:
-¡Excelsior!
¡No! ¡Ni una interpelación inesperada de los señores Dright y Cobden, ni una demanda de fondos,extraordinarlos por parte de lord Palmerston para fortificar los peñascos de Inglaterra, habían obtenido nunca un éxito tan completo! El discurso de sir Francis M... había quedado atrás, muy atrás. El doctor se manifestaba a la vez sublime, grande, sobrio y circunspecto; había pronunciado la palabra adecuada a la situación: "¡Excelsior!"
El viejo comodoro, completamente adherido a aquel hombre extraordinario, reclamó la inserción "íntegra" del discurso de Samuel Fergusson en los Proceedings of the Royal Geographical Society of London.
¿Quién era, pues, aquel doctor, y cuál la empresa que iba a acometer-
El padre del joven Fergusson, denodado capitán de la Marina inglesa, había asociado a su hijo, desde su más tierna edad, a los peligros y aventuras de su profesión. Aquel digno niño, que no pareció haber conocido nunca el miedo, anunció muy pronto un talento despejado, una inteligencia de investigador, una afición notable a los trabajos científicos; mostraba, además, una habilidad poco común para salir de cualquier atolladero; no se apuró nunca por nada de este mundo, ni siquiera a la hora de servirse por vez primera en la comida del tenedor, cosa en la que los niños no suelen sobresalir.
Su imaginación se inflamó muy pronto con la lectura de las empresas audaces y de las exploraciones marítimas. Siguió con pasión los descubrimientos que señalaron la primera parte del siglo XIX y soñó con la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié, de los Levaillant, e incluso un poco, según creo, con la de Selrik, el Robinsón Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en la isla de Juan Fernández! Aprobó con frecuencia las ideas del marinero abandonado; discutió algunas veces sus planes y sus proyectos. Él habría procedido de otro modo, tal vez mejor; en cualquier caso, igual de bien. Pero, desde luego, jamás habría dejado aquella isla de bienaventuranza, donde era tan feliz como un rey sin súbditos... No, ni siquiera en el caso de que le hubieran nombrado primer lord del Almirantazgo.
Dejo a la consideración del lector si semejantes tendencias se desarrollaron durante su aventurera juventud lanzada a los cuatro vientos. Su padre, hombre instruido, no dejaba de consolidar aquella perspicaz inteligencia con estudios continuados de hidrografía, física y mecánica, acompañados de algunas nociones de botánica, medicina y astronomía.
A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson tenía veintidós años de edad y había dado ya la vuelta al mundo. Ingresó en el cuerpo de ingenieros bengalíes y se distinguió en varias acciones; pero la existencia de soldado no le convenía, dada su escasa inclinacion a mandar y menos aún a obedecer. Dimitió y, ya cazando, ya herborizando, remontó hacia el norte de la península india y la atravesó desde Calcuta a Surate. Un simple paseo de aficionado.
Desde Surate le vemos pasar a Australia, y tomar parte, en 1845, en la expedición del capitán Sturt, encargado de descubrir ese mar Caspio que se supone existe en el centro de Nueva Holanda.
En 1850, Samuel Fergusson regresó a Inglaterra y, más dominado que nunca por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán Mac Clure en la expedición que costeó el continente americano desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Farewel.
A pesar de todas las fatigas, y bajo todos los climas, Fergusson resistía maravillosamente. Se hallaba a sus anchas en medio de las mayores privaciones. Era el perfecto viajero, cuyo estómago se reduce o se dilata a voluntad, cuyas piernas se estiran o se encogen según la improvisada cama, y que se duerme a cualquier hora del día y despierta a cualquier hora de la noche.
Nada menos asombroso por consiguiente, que hallar a nuestro infatigable viajero visitando desde 1855 hasta 1857 todo el oeste del Tíbet en compañía de los hermanos Schtagintweit, para traernos de aquella exploración observaciones etnográficas de lo más curioso.
Durante aquellos viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo e interesante del Daily Telegraph, ese periódico que cuesta un penique y cuya tirada, que asciende a ciento cuarenta mil ejemplares diarios, apenas logra abastecer a sus millones de lectores.
Así pues, el doctor era hombre bien conocido, pese a no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Reales Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de los Viajeros, ni siquiera a la Royal Politechnic Institution, donde su amigo, el estadista Kokburn, metía mucho ruido.
Un día Kokburn le propuso, para darle gusto, resolver el siguiente problema: dado el número de millas recorridas por el doctor alrededor del mundo, ¿cuántas millas más ha andado su cabeza que sus pies, teniendo en cuenta la diferencia de los radios- O bien, conociendo el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular su estatura con toda exactitud.
Pero Fergusson continuaba manteniéndose alejado de las sociedades científicas, pues era feligrés militante, no parlante; le parecía emplear mejor el tiempo investigando que discutiendo, y prefería un descubrimiento a cien discursos.
Cuéntase que un inglés se trasladó a Ginebra con intención de visitar el lago. Le metieron en un carruaje antiguo en el que los asientos estaban de lado, como en los ómnibus, y a él le tocó por casualidad estar sentado de espaldas al lago. El carruaje realizó pacíficamente su viaje circular y nuestro inglés, aunque ni una sola vez volvió la cabeza, regresó a Londres perdidamente enamorado del lago de Ginebra.
El doctor Fergusson, por su parte, durante sus viajes se había vuelto más de una vez, y de tal modo que había visto mucho. No hacía más que obedecer a su naturaleza, y tenemos más de un motivo valedero para creer que era algo fatalista, aunque de un fatalismo muy ortodoxo, pues contaba consigo mismo y hasta con la Providencia; se sentía más bien empujado a los viajes que atraído por ellos y recorría el mundo a la manera de una locomotora, la cual no se dirige, sino que es dirigida por el camino.
-Yo no sigo mi camino -decía el doctor con frecuencia-; el camino me sigue a mí.
A nadie asombrará, pues, la indiferencia y sangre fría con que acogió los aplausos de la Real Sociedad; estaba muy por encima de tales miserias, exento de orgullo y más aún de vanidad; le parecía muy sencilla la proposición que había dirigido al presidente, sir Francis M .... y ni siquiera se percató del inmenso efecto que había producido.
Después de la sesión, el doctor fue conducido al Traveller's Club, en Pall Mall, donde se celebraba un soberbio banquete. Las dimensiones de las piezas servidas a la mesa guardaban proporción con la importancia del personaje, y el esturión que figuraba en tan espléndida comida no medía ni un centímetro menos que el propio Samuel Fergusson.
Se hicieron numerosos brindis con vinos de Francia en honor de los célebres viajeros que se habían ilustrado en las tierras de África. Se bebió a su salud o en su memoria, y por orden alfabético, lo que es muy inglés: por Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batuoda, Beke, Beltrame, Du Berba, Binbanchi, Bolohnesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Rollet, Burchell, Burtckhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clol Rey, Colomien, Courval, Cumming, Cunny, Debono, Decken, Denham, Desavamchers, Dicksen, Dickson, Dochard, Duchaillu, Duncan, Durand, Duroulé, Duveyrier, Erchardt, D'Escayrac de Lautore, Ferret, Fresnel, Gallnier, Galton, Geoffroy, Golberry, Hahn Hahn, Harnier, Hecquart, Heuglin, Homernann, Houghton, Imbert Kaufmann, Knoblecher, Krapf, Kummer, Lafaille, Lafargue, Laing, Lambert, Lamiral, Lamprière, John Lander, Richard Lander, Lefebre, Lejean, Levaillan, Livingstone, Maccarthie, Magglar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overweg, Panett, Partarrieau, Pascal, Pearse, Peddie, Peney, Petherick, Poncet, Puax, Raffene, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet D'Aricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel Saugnier, Speke, Steidner, Tribaud, Thompson, Thornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Vaudey, Veyssiére, Vincent, Vinco, Vogel, Warhlberg, Warington, Washington, Werne, Wild y, por último, por el doctor Samuel Fergusson, el cual, con su increíble tentativa, debía enlazar los trabajos de aquellos viajeros y completar la serie de los descubrimientos africanos.

**Capitulo 2**

Al día siguiente, en su número del 15 de enero, el Daily Telegraph publicó un artículo concebido en los siguientes términos:

África desvelará por fin el secreto de sus vastas soledades. Un Edipo moderno nos dará la clave del enigma que no han podido descifrar los sabios de sesenta siglos. En otro tiempo, buscar el nacimiento del Nilo, fontes Nili quoerere, se consideraba una tentativa insensata, una irrealizable quimera.
El doctor Barth, siguiendo hasta Sudán el camino trazado por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, multiplicando sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta el golfo de Zambeze; y los capitanes Burton y Speke, con el descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, abrieron tres caminos a la civilización moderna. Su punto de intersección, al cual no ha podido llegar ningún viajero, es el corazón mismo de África. Hacia ahí deben encaminarse todos los esfuerzos.
Pues bien, los trabajos de aquellos atrevidos pioneros de la ciencia quedarán enlazados gracias a la audaz tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas importantes exploraciones han tenido ocasión de apreciar más de una vez nuestros lectores.
El intrépido descubridor (discoverer) se propone atravesar en globo toda África de este a oeste. Si no estamos mal informados, el punto de partida de su sorprendente viaje será la isla de Zanzíbar, en la costa oriental. En cuanto al punto de llegada, tan sólo la Providencia lo sabe.
Ayer se presentó oficialmente en la Real Sociedad Geográfica la propuesta de esta exploración científica, y se concedieron dos mil quinientas libras para sufragar los gastos de la empresa.
Tendremos a nuestros lectores al corriente de tan audaz tentativa, sin precedente en los fastos geográficos.

Como era de esperar, el artículo del Daily Telegraph causó un gran alboroto. Levantó las tempestades de la incredulidad, y el doctor Fergusson pasó por un ser puramente quimérico, inventado por el señor Barnum, que después de haber trabajado en Estados Unidos, se disponía a "hacer" las islas Británicas.
En Ginebra, en el número de febrero de los Boletines de la Sociedad Geográfica, apareció una respuesta humorística; su autor se burlaba, con no poco ingenio, de la Real Sociedad de Londres, del Traveller's Club y del fenomenal esturión.
Pero el señor Petermann, en sus Mittneilungen, publicados en Gotha, impuso el más absoluto silencio al periódico de Ginebra. El señor Petermann conocía personalmente al doctor Fergusson y salía garante de la empresa de su valeroso amigo.
Todas las dudas se invalidaron muy pronto. En Londres se hacían los preparativos del viaje; las fábricas de Lyon habían recibido el encargo de una importante cantidad de tafetán para la construcción del aeróstato; y el Gobierno británico ponía a disposición del doctor el transporte Resolute, al mando del capitán Pennet.
Brotaron estímulos, estallaron felicitaciones. Los pormenores de la empresa aparecieron muy circunstanciados en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París y se insertó un artículo notable en los Nuevos Anales de viajes, geografía, historia y arqueología de V. A. Malte-Brun. Un minucioso trabajo publicado en Zeitschrift Algemeine Erd Kunde por el doctor W. Kouer, demostró la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos y las inmensas ventajas de la locomoción por vía aérea; no censuró más que el punto de partida; creía preferible salir de Massaua, ancón de Abisinia, desde el cual James Bruce, en 1768, se había lanzado a la exploración del nacimiento del Nilo. Admiraba sin reserva alguna el carácter enérgico del doctor Fergusson y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce que concebía e intentaba semejante viaje.
El North American Review vio, no sin disgusto, que estaba reservada a Inglaterra tan alta gloria; procuro poner en ridículo la proposición del doctor, y le indicó que, hallándose en tan buen camino, no parase hasta América.
En una palabra, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo publicación científica, desde el Journal des Missions evangéliques hasta la Revue algérienne et coloniale, desde los Annales de la Propagation de la Foi hasta el Church Missionary Intelligencer, que no considerase el hecho bajo todos sus aspectos.
En Londres y en toda Inglaterra se hicieron considerables apuestas: primero, sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; segundo, sobre el viaje en sí, que no se intentaría, según unos, y según otros se emprendería pronto; tercero, sobre si tendría o no éxito; y cuarto, sobre las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. En el libro de las apuestas se consignaron enormes sumas, como si se hubiese tratado de las carreras de Epsom.
Así pues, crédulos e incrédulos, ignorantes y sabios, fijaron todos su atención en el doctor, el cual se convirtió en una celebridad sin sospecharlo. Dio gustoso noticias precisas de sus proyectos expedicionarios. Hablaba con quien quería hablarle y era el hombre más franco del mundo. Se le presentaron algunos audaces aventureros para participar de la gloria y peligros de su tentativa, pero se negó a llevarlos consigo sin dar razón de su negativa.
Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos le propusieron su sistema, pero no quiso aceptar ninguno. A los que le preguntaban si acerca del particular había descubierto algo nuevo, les dejó sin ninguna explicación, y siguió ocupándose, con una actividad creciente, de los preparativos de su viaje.

**Capitulo 3**

El doctor Fergusson tenía un amigo. No era éste una réplica de sí mismo, un alter ego, pues la amistad no podría existir entre dos seres absolutamente idénticos.
Pero, si bien poseían cualidades y aptitudes diferentes y un temperamento distinto, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían animados por un mismo y único corazón, cosa que, lejos de molestarles, les complacía.
Dick Kennedy era escocés en toda la aceptación de la palabra; franco, resuelto y obstinado. Vivía en la aldea de Leith, cerca de Edimburgo, un verdadero arrabal de la "Vieja Ahumada". A veces practicaba la pesca, pero en todas partes y siempre era un cazador determinado, lo que nada tiene de particular en un hijo de Caledonia algo aficionado a recorrer las montañas de Highlands. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta, pues no sólo partía las balas contra la hoja de un cuchillo, sino que las partía en dos mitades tan iguales que, pesándolas luego, no se hallaba entre una y otra diferencia apreciable.
La fisonomía de Kennedy recordaba mucho la de Halbert Glendinning tal como lo pintó Walter Scott en El Monasterio. Su estatura pasaba de seis pies ingleses aunque agraciado y esbelto, parecía estar dotado de una fuerza hercúlea. Un rostro muy tostado por el sol, unos ojos vivos y negros, un atrevimiento natural muy decidido, algo, en fin, de bondad y solidez en toda su persona, predisponía en favor del escocés.
Los dos amigos se conocieron en la India, donde servían en un mismo regimiento. Mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel cazaba plantas e insectos. Cada cual podía blasonar de diestro en su especialidad, y más de una planta rara cogió el doctor, cuya conquista le costó tanto como un buen par de colmillos de marfil.
Los dos jóvenes nunca tuvieron ocasión de salvarse la vida uno a otro ni de prestarse servicio alguno, por lo que su amistad permanecía inalterable. Algunas veces les alejó la suerte, pero siempre les volvió a unir la simpatía.
Al regresar a Inglaterra, les separaron con frecuencia las lejanas expediciones del doctor, pero este, a la vuelta, no dejó nunca de ir, no ya a preguntar por su amigo el escocés, sino a pasar con él algunas semanas.
Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el porvenir; el uno miraba hacia adelante, el otro hacia atrás. De ello resultaba que Fergusson tenía el ánimo siempre inquieto, mientras que Kennedy disfrutaba de una perfecta calma.
Después de su viaje al Tibet, el doctor estuvo dos años sin hablar de expediciones nuevas. Dick llegó a imaginar que se habían apaciguado los instintos de viaje e impulsos aventureros de su amigo, lo que le complacía en extremo. La cosa, se decía a sí mismo, tenía un día u otro que concluir de mala manera. Por más que se tenga don de gentes, no se viaja impunemente entre antropófagos y fieras. Kennedy procuraba, pues, tener a raya a Samuel, que había hecho ya bastante por la ciencia y demasiado para la gratitud humana.
El doctor no respondía una palabra; permanecía pensativo y después se entregaba a secretos cálculos, pasando las noches en operaciones de números y experimentos con aparatos singulares de los que nadie se percataba. Se percibía que en su cerebro fermentaba un gran pensamiento.
-¿Qué estará tramando- -se preguntó Kennedy en enero, cuando su amigo se separó de él para volver a Londres.
Una mañana lo supo por el artículo del Daily Telegraph.
-¡Misericordia! --exclamó-. ¡Insensato! ¡Loco! ¡Atravesar África en un globo! ¡Es lo único que nos faltaba! ¡He aquí en lo que meditaba desde hace dos años!
Sustituyan todos esos signos de admiración por puñetazos enérgicamente asestados en la cabeza, y se harán una idea del ejercicio al que se entregaba el buen Dick mientras profería semejantes palabras.
Cuando la vieja Elspteh, que era su ama de llaves, insinuó que podía tratarse muy bien de una chanza, él respondió:
-¡Una chanza! No, le conozco demasiado, ya sé yo de qué pie cojea. ¡Viajar por el aire! ¡Ahora se le ha ocurrido tener envidia de las águilas! ¡No, no se irá! ¡Yo le ataré corto! ¡Si le dejase, el día menos pensado se nos iría a la Luna!
Aquella misma tarde, Kennedy, inquieto y también incomodado, tomó el ferrocarril en General Rallway Station, y al día siguiente llegó a Londres.
Tres cuartos de hora después se apeó de un coche de alquiler junto a la pequeña casa del doctor, en Soho Square, Greek Street, se encaramó por la escalera y llamó a la puerta cinco veces seguidas.
Le abrió Fergusson en persona.
-¿Dick- -dijo sin mucho asombro.
-El mismo -respondió Kennedy.
-¡Cómo, mi querido Dick! ¿Tú en Londres durante las cacerías de invierno-
-Yo en Londres.
-¿Y qué te trae por aquí-
-La necesidad de impedir una locura que no tiene nombre.
-¿Una locura- -preguntó el doctor.
-¿Es cierto lo que dice este periódico- -replicó Kennedy, mostrando el número del Daily Telegraph.
-¡Ah! ¿Te refieres a eso- ¡Qué indiscretos son los periódicos! Pero, siéntate, Dick.
-No quiero sentarme. ¿De verdad tienes la intención de emprender ese viaje-
-Ya lo creo. Estoy haciendo los preparativos y pienso...
-¿Dónde están esos preparativos, que quiero hacerlos pedazos- ¿Dónde están-
El digno escocés estaba verdaderamente furioso.
-Calma, mi querido Dick -repuso el doctor-. Comprendo tu cólera. Estás ofendido conmigo porque hasta ahora no te he contado nada acerca de mis nuevos proyectos.
-¡Y a eso le llamas nuevos proyectos!
-Estaba muy ocupado -añadió Samuel sin admitir la interrupción-, he tenido que hacer muchas cosas. Pero, tranquilízate, no hubiera partido sin escribirte...
-Me río yo...
-Porque tengo intención de llevarte conmigo.
El escocés dio un salto digno de un camello.
-¿Conque ésas tenemos? -repuso-. ¿Pretendes que nos encierren a los dos en el hospital de Betlehem?
-He contado positivamente contigo, carísimo Dick, y te he escogido a ti excluyendo a muchos aspirantes. -Kennedy estaba atónito-. Cuando me hayas escuchado durante diez minutos -respondió tranquilamente el doctor-, me darás las gracias.
-¿Hablas en serio?
-Muy en serio.
-¿Y si me niego a acompañarte?
-No te negarás.
-Pero ¿y si me niego?
-Me iré solo.
-Sentémonos -dijo el cazador-, y hablemos desapasionadamente. Puesto que no bromeas, vale la pena discutir el asunto.
-Discutamos almorzando, si no tienes en ello inconveniente, mi querido Dick.
Los dos amigos se sentaron a la mesa frente a frente, entre un montón de emparedados y una enorme tetera.
-Amigo Samuel -dijo el cazador-, tu proyecto es insensato. ¡Es de realización imposible! ¡Es de todo punto impracticable!
-Eso lo veremos después de haberlo intentado.
-Precisamente eso es lo que no hay que hacer, intentarlo.
-¿Por qué?
-¿Y los peligros y obstáculos de todo género?
-Los obstáculos -contestó gravemente Fergusson- se han inventado para ser vencidos. En cuanto a los peligros, ¿quién puede estar seguro de que los evita? Todo es peligro en la vida. Peligroso puede ser sentarse a la mesa o ponerse el sombrero; además, es preciso considerar lo que debe suceder como si hubiese ya sucedido, y no ver más que el presente en el porvenir, puesto que el porvenir no es sino un presente algo más lejano.
-¿Qué dices? -replicó Kennedy, encogiéndose de hombros-. Eres un fatalista.
-Fatalista en el buen sentido de la palabra. No nos preocuparemos de lo que la suerte nos reserva y no olvidemos jamás nuestro proverbio inglés: "Haga lo que haga, no se ahogará quien ha nacido para ser ahorcado."
No había nada que responder, lo que no impidió a Kennedy eslabonar una serie de argumentos fáciles de imaginar, pero que resultaría interminable reproducir aquí.
-En fin -dijo, después de una hora de discusión-, si te empeñas en atravesar África, si ello es necesario para tu felicidad, ¿por qué no tomas los caminos ordinarios?
-¿Por qué? -respondió el doctor, animándose-. ¡Porque hasta ahora todas las tentativas han fracasado! ¡Porque desde Mungo-Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, que desapareció en el Wadal; desde Oudney, muerto en Murmur, y Clapperton, muerto en Sackatou, hasta Maizan, hecho pedazos; desde el mayor Laing, asesinado por los tuaregs, hasta Roscher de Hamburgo, degollado a principios del 1860, se han inscrito numerosas víctimas en el martirologio africano! ¡Porque luchar contra los elementos, contra el hambre, la sed y la fiebre, contra los animales feroces y contra tribus más feroces aún es imposible! ¡Porque lo que no se puede hacer de una manera, debe intentarse de otra! ¡En fin, porque cuando no se puede pasar por en medio, se pasa por un lado o por encima!
-¡Si no se tratase más que de pasar! -replicó Kennedy-. ¡Pero es posible caerse!
-Y bien -repuso el doctor con la mayor sangre fría-, ¿qué puedo temer? Como supondrás, he tomado mis precauciones para no sufrir una caída del globo; y, si éste me fallase, me hallaría en tierra en las condiciones normales de los exploradores. Pero mi globo no me fallará; ni siquiera considero tal posibilidad.
-Pues es menester considerarla.
-No, amigo Dick. No pienso separarme de mi globo hasta que haya llegado a la costa occidental de África. Con él, todo es posible; sin él, quedo expuesto a los peligros y obstáculos naturales de tan difícil expedición; con él, ni el calor, ni los torrentes, ni las tempestades, ni el simún, ni los climas insalubres, ni los animales salvajes, ni los hombres pueden inspirarme miedo alguno. Si tengo demasiado calor, subo; si tengo frío, bajo; si encuentro una montaña, la salvo; si un precipicio, lo paso; si un río, lo atravieso; si una tempestad, la domino; si un torrente, lo cruzo como un pájaro. Avanzo sin cansarme, me detengo sin necesidad de reposo. Planeo sobre ciudades desconocidas. Vuelo con la rapidez del huracán, tan pronto por las regiones más elevadas de la atmósfera como a cien pasos de tierra, y el mapa de África se abre ante mis ojos en el gran atlas del mundo.
El buen Kennedy empezaba a emocionarse, y sin embargo, el espectáculo evocado le producía vértigo. Contemplaba a Samuel con admiración, pero también con miedo; le parecía que estaba ya balanceándose en el espacio.
-Veamos -dijo-. Reflexionemos un poco, amigo Samuel. ¿Has hallado pues, el medio de dirigir los globos?
-Por supuesto que no. Es una utopía.
-Entonces, irás...
-A donde quiera la Providencia; pero será del este al oeste.
-¿Por qué?
-Porque cuento con valerme de los vientos alisios, cuya dirección es constante.
-¡Es verdad! -exclamó Kennedy, reflexionando-. Los vientos alisios... Seguramente... En rigor, se puede... Algo hay...
-¡Si hay algo! No, amigo mío, hay más que algo. El Gobierno inglés ha puesto un transporte a mi disposición, y está también resuelto que crucen tres o cuatro buques por la costa occidental hacia la época presunta de mi llegada. Dentro de tres meses, todo lo más, me hallaré en Zanzíbar, donde hincharé mi globo, y desde allí nos lanzaremos...
-¿Nos lanzaremos? -exclamó Dick.
-¿Te atreverás a hacerme aún alguna nueva objeción? Habla, amigo Kennedy.
-¡Una objeción! Se me ocurren más de mil; pero entre otras, dime: si tienes previsto conocer el país, si tienes previsto subir y bajar a tu albedrío, no lo podrás hacer sin perder gas; hasta ahora no se ha podido proceder de otra manera, lo que ha impedido siempre las largas peregrinaciones por la atmósfera.
-Querido Dick, sólo te diré una cosa: yo no perderé ni un átomo de gas, ni una molécula.
-¿Y bajarás cuando quieras?
-Cuando quiera.
-¿Cómo?
-El cómo es mi secreto, amigo Dick. Ten confianza, y que mi divisa sea la tuya: ¡Excelsior!
-Pues bien, ¡Excelsior! -respondió el cazador, que no sabía una palabra de latín.
Sin embargo, estaba decidido a oponerse por todos los medios posibles a la partida de su amigo. De momento fingió adherirse a su parecer y se contentó con observar. En cuanto a Samuel, fue a activar sus preparativos.

**Capitulo 4**

La línea aérea que el doctor Fergusson se proponía seguir no había sido escogida al azar; su punto de partida fue cuidadosamente estudiado, y no sin razón el explorador resolvió verificar la ascensión desde la isla de Zanzíbar. Esta isla, situada cerca de la costa oriental de África, se encuentra a 60 de latitud austral, es decir, cuatrocientas treinta millas geográficas debajo del ecuador.
De aquella isla acababa de partir la última expedición enviada por los Grandes Lagos en busca del nacimiento del Nilo.
Pero conviene indicar qué exploraciones esperaba enlazar el doctor Fergusson unas con otras.
Destacan dos: la del doctor Barth, en 1849, y la de los tenientes Burton y Speke, en 1858.
El doctor Barth es un hamburgués que obtuvo para sí y para su compatriota Overweg el permiso de unirse a la expedición del inglés Richardson, encargado de una misión en Sudán.
Sudán es un vasto país situado entre los 150 y los 100 de latitud norte, es decir, que para llegar a él es menester penetrar mas de mil quinientas millas en el interior de África.
Hasta entonces aquella comarca únicamente era conocida por el viaje de Denham, Clapperton y Oudney, verificado entre 1822 y 1824. Richardson, Barth y Overweg, ansiosos de llevar más lejos sus investigaciones, llegan a Túnez y a Trípoli, como sus antecesores, y luego a Murzuk, capital del Fezzán.
Abandonan entonces la línea recta y tuercen en dirección oeste, hacia Ghat, guiados, no sin dificultades, por los tuaregs. Después de mil escenas de saqueo, vejaciones y ataques a mano armada, su caravana llega en octubre al vasto oasis del Asben. El doctor Barth se separa de sus compañeros, hace una excursión a la ciudad de Agadés y se incorpora de nuevo a la expedición, la cual vuelve a ponerse en marcha el 12 de diciembre. Ésta llega a la provincia de Damergu, donde los tres viajeros se separan, y Barth, que toma el camino de Kano, llega a este punto a fuerza de paciencia y pagando considerables tributos.
A pesar de una fiebre intensa, deja la ciudad de Kano el 7 de marzo, acompañado por un solo criado. El principal objeto de su viaje es reconocer el lago Chad, del cual le separan aún trescientas cincuenta millas. Avanza, pues, hacia el este y alcanza la ciudad de Zuricolo, en Bornu, que es el núcleo del gran imperio central de África. Allí se entera de la muerte de Richardson, debida a la fatiga y las privaciones. Llega a Kuka, capital de Bornu, a orillas del lago. Al cabo de tres semanas, el 14 de abril, doce meses y medio después de haber salido de Trípoli, alcanza la ciudad de Ngornu.
Le volvemos a encontrar partiendo el 29 de marzo de 1851, con Overweg, para visitar el reino de Adamaua, al sur del lago. Llega a la ciudad de Yola, un poco más abajo de los 90 de latitud norte; es el límite extremo alcanzado al sur por tan atrevido viajero.
En agosto vuelve a Kuka, desde donde recorre sucesivamente el Mandara, el Baguirmi y el Kanem, y alcanza como límite extremo al este la ciudad de Mesena, situada a 170 20' de longitud oeste.
El 25 de noviembre de 1852, después de la muerte de Overweg, su último compañero, se adentra por el oeste, visita Sokoto, atraviesa el Níger y llega al fin a Tombuctú, donde se consume durante ocho largos meses, sometido a las vejaciones del jeque, los malos tratos y la miseria. Pero la presencia de un cristiano en la ciudad no puede tolerarse por más tiempo y los fuhlahs amenazan con sitiarla. El doctor sale de ella el 17 de marzo de 1854, se refugia en la frontera, donde permanece treinta y tres días en la indigencia más completa, regresa a Kano en noviembre y vuelve a entrar en Kuka, desde donde toma de nuevo el camino de Denham, tras cuatro meses de espera. A últimos de agosto de 1855 se traslada a Trípoli y llega a Londres el 6 de septiembre, después de haber perdido a todos sus compañeros.
He aquí lo que fue el audaz viaje de Barth.
El doctor Fergusson anotó cuidadosamente que se había detenido a 40 de latitud norte y 170 de longitud oeste.
Veamos ahora lo que hicieron los tenientes Burton y Speke en África oriental.
Las diversas expediciones que remontaron el Nilo no pudieron llegar jamás a su misterioso nacimiento. Según el relato del médico alemán F. Werne, la expedición intentada en 1840, bajo los auspicios de Mehemed Alí, se detuvo en Gondokoro, entre los paralelos 40 y 50 norte.
En 1855, Brun?Rollet, un saboyano nombrado cónsul de Cerdeña en Sudán oriental, en sustitución de Vaudey, que había muerto en activo, partió de Kartum y, bajo el seudónimo de Zacub, traficante de goma y marfil, llegó a Belenia, más allá del grado 4, y regresó enfermo a Kartum, donde murió en 1857.
Ni el doctor Peney, jefe de los servicios médicos egipcios, el cual, en un pequeño vapor, llegó un grado más abajo de Gondokoro y murió extenuado en Kartum; ni el veneciano Miani, que recorriendo las cataratas situadas debajo de Gondokoro, alcanzó el paralelo 20, ni el negociante maltés Andrea Debono, que llevó más lejos aún su excursión por el Nilo, pudieron franquear el infranqueable límite.
En 1859, Guillaume Lejean, encargado por el Gobierno francés de una misión especial, se trasladó a Kartum por el mar Rojo y embarcó en el Nilo con veintiún hombres de tripulación y veinte soldados; pero no pudo pasar de Gondokoro y corrió los mayores peligros entre los negros insurrectos. La expedición dirigida por el señor D'Escayrac de Lautore intentó también en vano llegar al famoso nacimiento.
El mismo término fatal detuvo siempre a los viajeros. Los enviados de Nerón habían alcanzado en su época los 90 de latitud; por consiguiente, en dieciocho siglos no se avanzo mas que cinco o seis grados, es decir, de trescientas a trescientas sesenta millas geográficas.
Algunos viajeros intentaron llegar al origen del Nilo tomando un punto de partida en la costa oriental de África.
De 1768 a 1772, el escocés Bruce salió de Massaua, puerto de Abisinia, recorrió el Tigré, visitó las minas de Axum, vio el nacimiento del Nilo donde no estaba y no obtuvo ningún resultado importante.
En 1844, el doctor Krapf, misionero anglicano, fundaba un establecimiento en Mombasa, en la costa de Zanguebar, y en compañía del reverendo Rebmann descubría dos montañas a trescientas millas de la costa. Se trata de los montes Kilimanjaro y Kenia, que De Heuglin y Thornton, acaban de escalar en parte.
En 1845, el francés Malzan desembarcaba solo en Bagamoyo, frente a Zanzíbar, y llegaba a Deje?la?Mhora, cuyo jefe le hacía perecer víctima de los más crueles suplicios.
En agosto de 1859, el joven viajero Roscher, natural de Hamburgo, partía con una caravana de mercaderes árabes y alcanzaba el lago Nyassa, donde fue asesinado mientras dormía.
Por último, en 1857, los tenientes Burton y Speke, oficiales ambos del Ejército de Bengala, fueron enviados por la Sociedad Geográfica de Londres para explorar los Grandes Lagos africanos. Salieron de Zanzíbar el 17 de junio y se encaminaron directamente al oeste.
Después de cuatro meses de padecimientos inauditos, de que les hubiesen robado el equipaje y hubieran matado a sus porteadores, llegaron a Kazeh, centro de reunión de traficantes y caravanas. Se habría dicho que estaban en la Luna; allí recogieron precisos documentos acerca de las costumbres, el gobierno, la religión, la fauna y la flora del país. Después se dirigieron hacia el primero de los Grandes Lagos, el Tanganica, situado entre los 30 y los 80 de latitud austral; llegaron a él el 14 de febrero de 1858 y visitaron las diversas tribus de las orillas, en su mayor parte caníbales.
Partieron de allí el 26 de mayo y regresaron a Kazeh el 20 de junio. En Kazeh, Burton, rendido de fatiga, permaneció enfermo algunos meses; durante este tiempo, Speke realizó una incursión de más de trescientas millas en dirección norte, hasta el lago Ukereue, avistándolo el 3 de agosto; pero sólo pudo ver su embocadura, a 20 3' de latitud.
El 25 de agosto había regresado a Kazeh y reanudaba con Burton el camino hacia Zanzíbar, país que los dos intrépidos viajeros vieron de nuevo en marzo del año siguiente. Entonces volvieron a Inglaterra, y la Sociedad Geográfica de París les concedió su premio anual.
El doctor Fergusson fijó mucho su atención en que los dos exploradores no habían traspasado ni los 20 de latitud austral, ni los 290 de longitud este.
Tratábase, pues, de enlazar las exploraciones de Burton y Speke con las del doctor Barth, lo que equivalía a salvar una extensión de país de más de doce grados.

**Capitulo 5**

El doctor Fergusson activaba afanoso los preparativos de su marcha. Él mismo dirigía la construcción de su aeróstato, introduciendo ciertas modificaciones acerca de las cuales guardaba un silencio absoluto.
Se había dedicado, desde mucho tiempo atrás, al estudio de la lengua árabe y de varios idiomas mandingas, en los cuales, gracias a sus aptitudes políglotas, hizo rápidos progresos.
Entretanto, su amigo el cazador no le dejaba ni a sol ni a sombra, pues sin duda temía que el doctor tomase el portante sin decirle una palabra; seguía dirigiéndole acerca del particular las arengas más persuasivas, sin persuadir con ellas a Samuel Fergusson, y se deshacía en súplicas patéticas que no conmovían lo más mínimo a éste. Dick notaba que su amigo se le escapaba de las manos.
El pobre escocés era, en realidad, digno de lástima. No podía mirar sin terror la azulada bóveda del cielo, al dormirse experimentaba balanceos vertiginosos y todas las noches soñaba que se despeñaba desde inconmensurables alturas.
Debemos añadir que, durante tan terribles pesadillas, se cayó dos o tres veces de la cama. Su primer impulso fue mostrar a Fergusson la señal de un fuerte golpe que había recibido en la cabeza.
-¡Y no llega ni a un metro de altura! -exclamó con candor seráfico-. ¡Ni a un metro! ¡Y el chichón es como un huevo! ¡Juzga tú mismo!
Aquella insinuación melancólica no conmovió al doctor.
-Nosotros no caeremos -dijo.
-¿Y si caemos?
-No caeremos.
La convicción del doctor dejó a Kennedy sin respuesta.
Lo que exasperaba particularmente a Dick era que el doctor parecía dar muestras de una abnegación absoluta hacia él; le consideraba irrevocablemente destinado a ser su compañero aéreo. Eso ya no era objeto de duda alguna. Samuel abusaba de un modo insoportable del pronombre de primera persona en plural.
-"Nosotros" vamos adelantando..., "nosotros" estaremos en disposición .... "nosotros" partiremos el día...
Y del adjetivo posesivo en singular:
-"Nuestro" globo..., "nuestro" esquife..., "nuestra" exploración...
Y también en plural:
-"Nuestros" preparativos..., "nuestros" descubrimientos .... "nuestras" ascensiones...
Dick sentía escalofríos, a pesar de que estaba decidido a no marchar; sin embargo, no quería contrariar demasiado a su amigo. Confesemos, no obstante, que, sin darse él mismo cuenta de ello, había hecho que le enviaran poco a poco de Edimburgo algunos trajes apropiados y sus mejores escopetas de caza.
Un día, después de reconocer que aun teniendo mucha suerte había mil probabilidades contra una de salir mal del negocio, fingió acceder a los deseos del doctor; pero, para retardar el viaje todo lo posible y ganar tiempo, esgrimió una serie de argumentos de lo más variados. Insistió en la utilidad de la expedición y en su oportunidad... ¿El descubrimiento del origen del Nilo era absolutamente necesario? ... ¿Contribuiría en algo al bienestar de la humanidad? ... Cuando finalmente se consiguiese civilizar a las tribus de África, ¿serían éstas más felices ?... Además, ¿quién podía asegurar que no estuviese en ellas la civilización más adelantada que en Europa? Nadie... Y, amén de todo, ¿no se podía esperar algún tiempo ... ? Un día u otro se atravesaría África de un extremo a otro, y de una manera menos azarosa... Dentro de un mes, o de seis, o de un año, algún explorador llegaría sin duda...
Aquellas insinuaciones producían un efecto enteramente contrario al perseguido, y la impaciencia del doctor aumentaba.
-¿Quieres, pues, desgraciado Dick, pérfido amigo, que sea para otro la gloria que nos aguarda? ¿Quieres que traicione mi pasado? ¿Quieres que retroceda ante obstáculos de poca importancia? ¿Quieres que pague con cobardes vacilaciones lo que por mí han hecho el Gobierno inglés y la Real Sociedad de Londres?
-Pero... -respondió Kennedy, que era muy aficionado a esta conjunción.
-Pero -replicó el doctor- ¿no sabes que mi viaje ha de concurrir al éxito de las empresas actuales? ¿Ignoras que nuevos exploradores avanzan hacia el centro de África?
-Sin embargo...
-Escúchame atentamente, Dick, y contempla este mapa.
Dick lo miró con resignación.
-Remonta el curso del Nilo -dijo el doctor Fergusson.
-Lo remonto -respondió dócilmente el escocés.
-Llega a Gondokoro.
-Ya he llegado.
Y Kennedy pensaba cuán fácil era un viaje semejante... en el mapa.
-Coge una punta de este compás -prosiguió el doctor-, y apóyala en esta ciudad, de la cual apenas han podido pasar los más audaces.
-Ya está.
-Ahora busca en la costa la isla de Zanzíbar, a 60 de latitud sur.
-Ya la tengo.
-Sigue ahora ese paralelo y llega a Kazeh.
-Hecho.
-Sube por el grado treinta y tres de longitud hasta la embocadura del lago Ukereue, en el punto en que se detuvo el teniente Speke.
-Ya estoy. Un poco más y caigo de cabeza al lago.
-Pues bien, ¿ sabes lo que tenemos derecho a suponer, según los datos suministrados por las tribus ribereñas?
-No tengo ni idea.
-Pues voy a decírtelo. Este lago, cuyo extremo inferior se halla a 20 30' de latitud, debe de extenderse igualmente a 20 50' Por encima del ecuador.
-¿De veras?
-Y de este extremo septentrional surge una corriente de agua que necesariamente ha de ir a parar al Nilo, si es que no es el propio Nilo.
-Realmente curioso.
-Apoya la otra punta del compás en este extremo del lago Ukereue.
-Apoyada, amigo Fergusson.
-¿Cuántos grados cuentas entre los dos puntos? ~dijo Fergusson.
-Apenas dos.
-¿Sabes cuánto suma todo, Dick?
-No.
-Pues apenas ciento veinte millas, es decir, nada.
-Casi nada, Samuel.
-¿Y sabes lo que pasa en este momento?
-¿Yo?
-Voy a decírtelo. La Sociedad Geográfica ha considerado muy importante la exploración de este lago entrevisto por Speke. Bajo sus auspicios, el teniente, en la actualidad capitán Speke se ha asociado al capitán Grant, del ejército de las Indias, y ambos se han puesto a la cabeza de una numerosa expedición generosamente subvencionada. Se les ha confiado la misión de remontar el lago y volver a Gondokoro. Han recibido una subvención de más de cinco mil libras, y el gobernador de El Cabo ha puesto a su disposición soldados hotentotes. Partieron de Zanzibar a últimos de octubre de 1860. Al mismo tiempo, el inglés John Petherick, cónsul de Su Majestad en Kartum, ha recibido del Foreign Office unas setecientas libras; debe equipar un buque de vapor en Kartum, abastecerlo suficientemente y zarpar para Gondokoro, donde aguardará la caravana del capitán Speke y se hallará en disposición de proporcionarle víveres.
-Bien pensado -dijo Kennedy.
-Ya ves que el tiempo apremia si queremos participar en esos trabajos de exploración. Y eso no es todo; mientras hay quien marcha a paso seguro en busca del nacimiento del Nilo, otros viajeros se dirigen audazmente hacia el corazón de África.
-¿A pie? -preguntó Kennedy.
-A pie -repitió el doctor, sin percatarse de la insinuación-. El doctor Krapf se propone encaminarse al oeste por el Djob, río situado debajo del ecuador. El barón De Decken ha salido de Mombasa, ha reconocido las montañas de Kenia y de Kilimanjaro y penetra en el centro.
-¿A pie también?
-Todos a pie o montados en mulos.
-Para lo que yo quiero significar es exactamente lo mismo -replicó Kennedy.
-Por último -prosiguió el doctor-, De Heuglin, vicecónsul de Austria en Kartum, acaba de organizar una expedición muy importante, cuyo principal objeto es indagar el paradero del viajero Vogel, que en 1853 fue enviado a Sudán para asociarse a los trabajos del doctor Barth. En 1856 salió de Bornu y resolvió explorar el desconocido país que se extiende entre el lago Chad y el Darfur. Desde entonces no ha aparecido. Cartas recibidas en Alejandría, en junio de 1860, informan que fue asesinado por orden del rey de Wadai; pero otras, dirigidas por el doctor Hartimann al padre del viajero, afirman, basándose en el relato de un fellatah de Bornu, que Vogel se encuentra prisionero en Wara y que, por consiguiente, no están perdidas todas las esperanzas. Bajo la presidencia del duque regente de Sajonia-Coburgo-Gotha, se ha formado una comisión de la que es secretario mi amigo Petermann; se han cubierto los gastos de la expedición con una suscripción nacional en la que han participado muchísimos sabios. El señor De Heuglin partió de Massaua en junio; mientras busca las huellas de Vogel, debe explorar todo el país comprendido entre el Nilo y el Chad, es decir, enlazar las operaciones del capitán Speke con las del doctor Barth. ¡Y entonces África habrá sido cruzada de este a oeste!
-Y bien -respondió el escocés-, puesto que todo enlaza sin nosotros tan perfectamente, ¿qué vamos a hacer allí?
El doctor Fergusson dio la callada por respuesta, contentándose con encogerse de hombros.

**Capitulo 6**

El doctor Fergusson tenía un criado que respondía con diligencia al nombre de Joe. Era de una índole excelente. Su amo, cuyas órdenes obedecía e interpretaba siempre de una manera inteligente, le inspiraba una confianza absoluta y una adhesión sin límites. Era un Caleb, aun cuando estaba siempre de buen humor y no refunfuñaba; no habría salido tan buen criado si lo hubieran mandado construir expresamente. Fergusson se confiaba enteramente a él para las minuciosidades de su existencia, y hacía perfectamente. ¡Raro y honrado Joe! ¡Un criado que dispone la comida de su señor y tiene su mismo paladar; que arregla su maleta y no olvida ni las medias ni las camisas; que posee sus llaves y sus secretos, y ni sisa ni murmura!
¡Pero qué hombre era también el doctor para el digno Joe! ¡Con qué respeto y confianza acogía éste sus decisiones! Cuando Fergusson había hablado, preciso era para responderle haber perdido el juicio. Todo lo que pensaba era justo; todo lo que decía, sensato; todo lo que mandaba, practicable; todo lo que emprendía, posible; todo lo que concluía, admirable. Aunque hubiesen hecho a Joe pedazos, lo que sin duda habría repugnado a cualquiera, no le habrían hecho modificar en lo más mínimo el concepto que le merecía su amo.
Así es que cuando el doctor concibió el proyecto de atravesar África por el aire, para Joe la empresa fue cosa hecha. No había obstáculos posibles. Desde el momento en que Fergusson había resuelto partir, podía decirse que ya había llegado..., acompañado de su fiel servidor, porque el buen muchacho, aunque nadie le había dicho una palabra, sabía que formaría parte del pasaje.
Por otra parte, prestaría grandes servicios gracias a su inteligencia y su maravillosa agilidad. Si hubiese sido preciso nombrar un profesor de gimnasia para los monos del Zoological Garden, muy espabilados por cierto, sin lugar a dudas Joe habría obtenido la plaza. Saltar, encaramarse, volar y ejecutar mil suertes imposibles eran para él cosa de juego.
Si Fergusson era la cabeza y Kennedy el brazo, Joe sería la mano. Ya había acompañado a su señor en varios viajes, y a su manera poseía cierto barniz de la ciencia apropiada; pero se distinguía principalmente por una filosofía apacible, un optimismo encantador; todo le parecía fácil, lógico, natural, y, por consiguiente, desconocía la necesidad de gruñir o de quejarse.
Poseía, entre otras cualidades, una capacidad visual asombrosa. Compartía con Moestlín, el profesor de Kepler, la rara facultad de distinguir sin anteojos los satélites de Júpiter y de contar en el grupo de las Pléyades catorce estrellas, las últimas de las cuales son de novena magnitud. Pero no se envanecía por eso; todo lo contrario, saludaba de muy lejos y, llegado el caso sabía sacar partido de sus ojos.
Con la confianza que Joe tenía en el doctor, no son de extrañar, pues las incesantes discusiones que se producían entre el señor Kennedy y el digno criado, si bien guardando siempre el debido respeto.
El uno dudaba, el otro creía; el uno era la prudencia clarividente, el otro la confianza ciega; y el doctor se encontraba entre la duda y la creencia, aunque debo confesar que no le preocupaba ni la una ni la otra.
- ¿Y bien, muchacho?
- El momento se acerca. Parece que nos embarquemos para la Luna.
- Querrás decir la tierra de la Luna, que no queda ni mucho menos tan lejos. Pero, no te preocupes pues tan peligroso es lo uno como lo otro.
- ¡Peligroso! ¡Con un hombre como el doctor Fergusson! ¡Imposible!
- No quisiera matar tus ilusiones, mi querido Joe, pero lo que él trata de emprender es simplemente una locura. No partirá.
- ¿Que no partirá? ¿Acaso no ha visto su globo en el taller de los señores Mitchell, en el Borough?
- Me guardaré mucho de ir a verlo.
- ¡Pues se pierde un hermoso espectáculo, señor mío! ¡Qué cosa tan preciosa! ¡Qué corte tan elegante!
¡Qué esquife tan encantador! ¡Estaremos a nuestras anchuras ahí adentro!
- ¿Cuentas, pues, con acompañar a tu señor?
- ¡Yo le acompañaré a donde él quiera! - replicó Joe con convicción- . ¡Faltaría más! ¡Dejarle ir solo, cuando juntos hemos recorrido el mundo! ¿Quién le sostendría cuando estuviese fatigado? ¿Quién le tendería una mano vigorosa para saltar un precipicio? ¿Quién le cuidaría si cayese enfermo? No, señor Dick, Joe permanecerá siempre en su puesto junto al doctor, o, por mejor decir, alrededor del doctor Fergusson.
- ¡Buen muchacho!
- Además, usted vendrá con nosotros - repuso Joe.
- ¡Sin duda! - dijo Kennedy-. Os acompañaré para impedir hasta el último momento que Samuel cometa una locura semejante. Le seguiré, si es preciso, hasta Zanzíbar, a fin de que la mano de un amigo le detenga en su proyecto insensato.
- Usted no detendrá nada, señor Kennedy, salvo su respeto. Mi señor no es un cabeza loca; siempre medita mucho lo que va a emprender y, cuando ha tomado una resolución, no hay quien le apee de ella.
- Eso lo veremos.
- No alimente semejante esperanza. En fin, lo importante es que venga. Para un cazador como usted, África es un país maravilloso y, por consiguiente, no se arrepentirá del viaje.
- Dices bien, no me arrepentiré; sobre todo si ese terco se rinde al fin a la evidencia.
- A propósito -dijo Joe- , ya sabrá que hoy nos pesan.
- ¡Cómo! ¿Nos pesan?
- Exacto, vamos a pesarnos los tres: usted, mi señor, y yo.
- ¿Como los jockeys?
- Como los jockeys. Pero, tranquilícese, no se le hará adelgazar si pesa demasiado. Se le aceptará tal como es.
- Pues yo no me dejaré pesar - dijo el escocés.
- Pero señor, parece que es necesario para la máquina.
- ¿Qué me importa a mí la máquina?
- ¡Le debe importar! ¿Y si por falta de cálculos exactos no pudiéramos subir?
- ¡Qué más quisiera yo!
- Pues sepa, señor Kennedy, que mi señor vendrá enseguida a buscarnos.
- No iré.
- No querrá hacerle un desaire, ¿verdad?
- Se lo haré.
- ¡Bueno! - exclamó Joe, riendo- . Habla así porque no está él delante; pero cuando le diga a la cara: "Dick (perdone la confianza), Dick, necesito saber exactamente tu peso", irá, yo respondo de ello.
- No iré.
En aquel momento entró el doctor en su gabinete de trabajo, donde tenía lugar esta conversación, y miro a Kennedy, el cual se sintió como encogido.
- Dick - dijo el doctor- , ven con Joe; necesito saber cuánto pesáis los dos.
- Pero...
- No hará falta que te quites el sombrero. Ven.
Y Kennedy fue con él.
Entraron los tres en el taller de los señores Mitchell, donde había preparada una de esas balanzas, llamadas romanas. Preciso era, efectivamente, que el doctor conociese el peso de sus compañeros para establecer el equilibrio de su aeróstato. Hizo, pues, subir a Dick a la plataforma de la balanza, y éste, sin oponer resistencia murmuró:
- Está bien, está bien. La verdad es que esto no compromete a nada.
- Ciento cincuenta y tres libras - dijo el doctor, apuntando la cifra en su libreta de notas.
- ¿Peso demasiado? .
- No, señor Kennedy - replicó Joe- . Además, yo soy ligero y eso compensara.
Y, diciendo esto, Joe ocupó con entusiasmo el sitio del Cazador, el cual estuvo a punto de derribar la balanza al bajar. Joe se colocó en la actitud del Wellington que remeda a Aquiles en la entrada de Hyde Park, y, aunque no llevaba el escudo, estaba magnífico.
- Ciento veinte libras - escribió el doctor.
- ¡Bravo! - exclamó Joe, sonriendo sin saber muy bien por qué.
- Ahora yo - dijo Fergusson, y añadió por propia cuenta ciento treinta y cinco libras.
- Señor - intervino Joe- , si fuese necesario para la expedición, yo, absteniéndome de comer, podría adelgazar perfectamente unas veinte libras.
- No hace falta, muchacho - respondió el doctor- puedes comer cuanto quieras. Toma media corona para atracarte como te venga en gana.

**Capitulo 7**

El doctor Fergusson se ocupaba desde hacía mucho tiempo de todos los pormenores de su expedición. Como se supondrá, el globo, el maravilloso vehículo destinado a transportarle por aire, fue objeto de su constante solicitud.
En primer lugar, y para no dar al aeróstato dimensiones excesivas, resolvió hincharlo con gas hidrógeno, que es catorce veces y media más ligero que el aire. La producción del hidrógeno es fácil, y es el gas que ha dado en los experimentos aerostáticos resultados más satisfactorios.
El doctor, calculando con la mayor exactitud, concluyó que el peso de los objetos indispensables para su viaje y de su aparato daba un total de cuatro mil libras; por consiguiente, fue preciso averiguar cuál sería la fuerza ascensional capaz de levantar este peso, y cuál por tanto sería la capacidad del aparato.
Un peso de cuatro mil libras está representado por un desplazamiento de aire de cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos, lo que equivale a decir que cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos de aire pesan unas cuatro mil libras.
Dando al globo esta capacidad de cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos y llenándolo, en lugar de aire, de gas hidrógeno, que, por ser catorce veces y media más ligero, sólo pesa doscientas setenta y seis libras, se produce una ruptura de equilibrio, es decir una diferencia de tres mil setecientas veinticuatro libras. Esta diferencia entre el peso del gas contenido en el globo y el peso del aire circundante constituye la fuerza ascensional del aeróstato.
Sin embargo, si se introdujesen en el globo los cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos de gas de que hablamos, éste quedaría totalmente lleno, cosa inadmisible, pues, a medida que el globo sube a las capas menos densas del aire, el gas que contiene tiende a dilatarse y no tardaría en romper la envoltura. Así pues no se suelen llenar más que dos terceras partes.
Pero el doctor, a consecuencia de cierto proyecto que solamente él conocía, resolvió no llenar más que la mitad de su aeróstato, y como tenía que llevar cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos de hidrógeno, dio a su globo una capacidad casi doble.
Lo concibió con esa forma alargada que se sabe es la preferible. El diámetro horizontal era de cincuenta pies y el vertical de setenta y cinco; así obtuvo un esferoide, cuya capacidad ascendía, en cifras redondas, a noventa mil pies cúbicos.
Si el doctor Fergusson hubiese podido emplear dos globos, habrían aumentado sus probabilidades de éxito, porque en caso de romperse uno en el aire, es posible, echando lastre, sostenerse por medio del otro. Pero la maniobra de dos aeróstatos resulta muy difícil cuando se trata de que conserven una fuerza de ascensión igual.
Después de haber reflexionado largamente, Fergusson mediante una disposición ingeniosa, reunió las ventajas que ofrecen dos globos evitando sus inconvenientes. Construyó dos de desigual volumen y metió uno dentro de otro. El globo exterior, que conservó las dimensiones citadas, contuvo otro más pequeño, de la misma forma, que sólo tenía cuarenta y cinco pies de diámetro horizontal y sesenta y ocho de diámetro vertical. La capacidad de este globo interior no era, pues, mas que de sesenta y siete mil pies cúbicos. Debía nadar en el fluido que lo envolvía, y de uno a otro globo se abría una válvula que, en caso necesario, permitía ponerlos en comunicación uno con otro.
Esta disposición presentaba la ventaja de que, si era preciso dar salida al gas para bajar, se dejaría escapar el del globo grande; de este modo, aun en caso de que hubiera que vaciarlo por completo, el pequeño quedaría intacto. Entonces era posible desembarazarse de la cubierta exterior como de un peso inútil, y el segundo aeróstato, al quedar solo, no ofrecía al viento el asidero que le dan los globos medio hinchados.
Además, en caso de accidente, por ejemplo, si el globo exterior sufría un desgarrón, se jugaba con la ventaja de que el otro quedaba ileso.
Los dos aeróstatos se construyeron con un tafetán asargado de Lyon, untado de gotapercha. Esta sustancia gomorresinosa está dotada de una impermeabilidad absoluta, y es resistente a los ácidos y los gases. El tafetán se puso doble en el polo superior del globo, donde se realiza casi todo el esfuerzo.
Esta envoltura podía retener el fluido durante un tiempo ilimitado. Pesaba media libra por cada nueve pies cuadrados. Como la superficie del globo exterior era de once mil seiscientos pies cuadrados, su envoltura pesaba seiscientas cincuenta libras. La envoltura del segundo globo tenía nueve mil doscientos pies cuadrados de superficie, y no pesaba, por consiguiente, más que quinientas diez libras, o sea, en total mil ciento sesenta libras.
La red destinada a sostener la barquilla era de cuerda de cáñamo muy sólida. Las dos válvulas fueron objeto de cuidados minuciosos, tal como lo hubiera sido el gobernalle de un buque.
La barquilla, de forma circular y de un diámetro de quince pies, era de mimbre. Estaba reforzada con una ligera armadura de hierro y revestida en su parte inferior de resortes elásticos destinados a amortiguar los choques. Su peso y el de la red no excedían de doscientas ochenta libras.
El doctor hizo construir, además, cuatro cajas de palastro de un grosor de dos líneas, unidas entre sí por medio de tubos provistos de llaves. Agregó a ellas un serpentín de unas dos pulgadas de diámetro, que terminaba en dos ramas rectas de longitud desigual, la mayor de las cuales medía veinticinco pies y la más corta, quince.
Las cajas de palastro fueron colocadas en la barquilla de modo que ocupasen el menor espacio posible. El serpentín, que no tenía que ajustarse hasta más adelante, fue empaquetado separadamente, al igual que una pila eléctrica de Bunsen de gran potencia. El aparato había sido tan ingeniosamente ideado que no pesaba más de setecientas libras, incluyendo en ellas veinticinco galones de agua contenidos en una caja especial.
Los instrumentos destinados al viaje consistieron en dos barómetros, dos termómetros, dos brújulas, un sextante, dos cronómetros, un horizonte artificial y un altacimut para medir los objetos lejanos e inaccesibles. El observatorio de Greenwich se había puesto a disposición del doctor, pese a que éste no se proponía hacer experimentos de física, sino únicamente reconocer su dirección y determinar la posición de los principales ríos, montañas y poblaciones.
Se proveyó de tres anclas de hierro a toda prueba, así como de una escala de seda ligera y resistente, de cincuenta pies de longitud.
Calculó igualmente el peso exacto de los víveres, que consistían en café, té, galletas, carne salada y pemmican, preparación que, en un pequeño volumen, contiene muchos elementos nutritivos. Independientemente de una considerable reserva de aguardiente, dispuso dos cajas de agua que contenían veintidós galones cada una.
El consumo de estos alimentos haría disminuir poco a poco el peso sostenido por el aeróstato. Y debe saberse que el equilibrio de un globo en la atmósfera es de una sensibilidad extremada. La pérdida de un peso casi insignificante basta para producir un desplazamiento muy apreciable.
El doctor no olvidó ni una tienda para cubrir una parte de la barquilla, ni las mantas para dormir durante el viaje, ni las escopetas del cazador con las correspondientes municiones.
He aquí el resumen de sus diferentes cálculos:

Fergusson ……………………………………....................…. 135 libras
Kennedy ........................................................ 153 >>
Joe ............................................................... 120 >>
Peso del primer globo ........................................ 650 >>
Peso del segundo globo ..................................... 510 >>
Barquilla y red ................................................. 280 >>
Anclas, instrumentos, escopetas, mantas,
tienda, utensilios varios .................................... 190 >>
Carne, pemmican, galletas, té, café, aguardiente .. 386 >>
Agua ............................................................. 400 >>
Aparato ......................................................... 700 >>
Peso del hidrógeno ........................................... 276 >>
Lastre ............................................................ 200 >>

TOTAL ........................................................... 4,000 >>

Así se desglosaban las cuatro mil libras que el doctor Fergusson se proponía echar a volar; no llevaba más que doscientas libras de lastre, "sólo para casos imprevistos", decía él, porque, gracias a su aparato, no creía tener que recurrir a ellas.

**Capitulo 8**

Hacia el 10 de febrero, los preparativos tocaban a su fin. Los aeróstatos, encerrados uno dentro de otro, estaban totalmente terminados. Habían sido sometidos a una fuerte presión de aire comprimido, dando buena prueba de su solidez y demostrando que se había procedido a su construcción con el mayor esmero.
Joe no cabía en sí de gozo. Iba incesantemente de Greek Street a los talleres de los señores Mitchell, siempre atareado, pero comunicativo, explicando detalles del asunto hasta a los que no se los pedían y sintiéndose orgulloso por encima de todo de acompañar a su señor. Se me antoja que incluso enseñando el aeróstato, desarrollando las ideas y los planes del doctor, y dando a conocer a éste a través de una ventana entreabierta o cuando pasaba por la calle, el digno muchacho ganó alguna que otra media corona. Pero no hay que reprochárselo; tenía derecho a especular un poco con la admiración y curiosidad de sus contemporáneos.
El 16 de febrero, el Resolute ancló delante de Greenwich. Era un buque de hélice de ochocientas toneladas de porte, muy rápido, que ya había tenido a su cargo el abastecimiento de la última expedición de sir James Ross a las regiones polares. Pennet, su comandante, pasaba por hombre de trato agradable y estaba muy interesado en el viaje del doctor, a quien apreciaba desde hacía mucho tiempo. Pennet parecía más un sabio que un soldado, lo cual no impedía a su buque llevar cuatro piezas de artillería, que no habían hecho nunca daño a nadie y que servían solamente para producir los estrépitos más pacíficos del mundo.
Se acondicionó la bodega del Resolute para acomodar en ella el aeróstato, que fue transportado con las mayores precauciones el día 18 de febrero. Se almacenó de la mejor manera posible para prevenir cualquier accidente, y en presencia del propio Fergusson se estibaron la barquilla y sus accesorios, las anclas, las cuerdas, los víveres y las cajas de agua que debían llenarse a la llegada.
Se embarcaron diez toneladas de ácido sulfúrico y otras tantas de hierro viejo para obtener gas hidrógeno. Esta cantidad era más que suficiente, pero convenía estar preparado para posibles pérdidas. El aparato destinado a producir el gas, compuesto de unos treinta barriles, fue colocado al fondo de la bodega.
Estos preparativos finalizaron al anochecer del día 18 de febrero. Dos camarotes cómodamente dispuestos aguardaban al doctor Fergusson y a su amigo Kennedy. Este último, mientras juraba que no partiría, se trasladó a bordo con un verdadero arsenal de caza, dos excelentes escopetas de dos cañones que se cargaban por la recámara, y una carabina de toda confianza de la fábrica de Purdey Moore y Dickson, de Edimburgo. Con semejante arma, el cazador no tenía ningún problema para alojar, a una distancia de dos mil pasos, una bala en el ojo de un camello. Llevaba también dos revólveres Colt de seis disparos para los imprevistos, su frasco de pólvora, su cartuchera, y perdigones y balas en cantidad suficiente, aunque sin traspasar los límites prescritos por el doctor.
El día 19 de febrero se acomodaron a bordo los tres viajeros, que fueron recibidos con la mayor distinción por el capitán y sus oficiales. El doctor, preocupado por la expedición, se mostraba distante; Dick estaba conmovido, aunque no quería aparentarlo; y Joe, que brincaba de alegría y hablaba por los codos, no tardó en convertirse en la distracción de la tripulación, entre la que se le había reservado un puesto.
El día 20, la Real Sociedad Geográfica ofreció un gran banquete de despedida al doctor Fergusson y a Kennedy. El comandante Pennet y sus oficiales asistieron al festín, que fue muy animado y abundante en libaciones halagüeñas. Se hicieron numerosos brindis para asegurar a todos los invitados una existencia centenaria. Sir Francis M... presidía con emoción contenida, pero rebosante de dignidad.
Dick Kennedy, para su gran sorpresa, recibió buena parte de las felicitaciones báquicas. Tras haber bebido "a la salud del intrépido Fergusson, la gloria de Inglaterra", se bebió "a la salud del no menos valeroso Kennedy, su audaz compañero".
Dick se puso colorado como un pavo, lo que se tomó por modestia. Aumentaron los aplausos, y Dick se puso más colorado aún.
Durante los postres llegó un mensaje de la reina, que cumplimentaba a los viajeros y hacía votos por el éxito de la empresa.
Ello requirió nuevos brindis "por Su Muy Graciosa Majestad".
A medianoche los convidados se separaron, después de una emocionada despedida, sazonada con entusiastas apretones de manos.
Las embarcaciones del Resolute aguardaban en el puente de Westminster. El comandante tomó el mando, acompañado de sus pasajeros y de sus oficiales, y la rápida corriente del Támesis les condujo hacia Greenwich.
A la una todos dormían a bordo.
Al día siguiente, 21 de febrero, a las tres de la madrugada, las calderas estaban a punto; a las cinco levaron anchas y el Resolute, a impulsos de su hélice, se deslizó hacia la desembocadura del Támesis.
Huelga decir que, a bordo, las conversaciones no tuvieron más objeto que la expedición del doctor Fergusson. Tanto viéndole como oyéndole, el doctor inspiraba una confianza tal que, a excepción del escocés, nadie ponía ya en duda el éxito de la empresa.
Durante las largas horas de ocio del viaje, el doctor daba un verdadero curso de geografía en la cámara de los oficiales. Aquellos jóvenes se entusiasmaban con la narración de los descubrimientos hechos durante cuarenta años en África. El doctor les contó las exploraciones de Barth, Burton, Speke y Grant, y les describió aquella misteriosa comarca objeto de las investigaciones de la ciencia. En el norte, el joven Duveyrier exploraba el Sáhara y llevaba a París a los jefes tuaregs. Por iniciativa del Gobierno francés se preparaban dos expediciones que, descendiendo del norte y dirigiéndose hacia el oeste, coincidirían en Tombuctú. En el sur, el infatigable Livingstone continuaba avanzando hacia el ecuador y, desde marzo de 1862, remontaba, en compañía de Mackenzie, el río Rovuma. El siglo XIX no concluiría ciertamente sin que África hubiera revelado los secretos ocultos en su seno por espacio de seis mil años.
El interés de los oyentes aumentó cuando el doctor les dio a conocer en detalle los preparativos de su viaje. Todos quisieron verificar sus cálculos; discutieron, y el doctor participó en la discusión con toda franqueza.
En general, les asombraba la cantidad relativamente escasa de víveres con que contaba. Un día, uno de los oficiales le interrogó acerca del particular.
-¿Eso les sorprende? -preguntó Fergusson.
-Sin duda.
-Pero ¿cuánto suponen que durará mi viaje? ¿Meses enteros? Están en un error; si se prolongase, estaríamos perdidos; no lo lograríamos. Sepan que no hay más de tres mil quinientas millas, pongamos cuatro mil, de Zanzíbar a la costa de Senegal. Pues bien, recorriendo doscientas cuarenta millas cada doce horas, velocidad menor a la de nuestros ferrocarriles, si se viaja día y noche bastarán siete días para atravesar África.
-Pero entonces no podría ver, ni dibujar planos geográficos, ni reconocer el país.
-¿Cómo? -respondió el doctor-. Si soy dueño de mi globo, si subo o bajo a mi arbitrio, me detendré cuando me parezca bien, sobre todo cuando corra peligro de que me arrastren corrientes demasiado violentas.
-Y encontrará esas corrientes -dijo el comandante Pennet-. Hay huracanes en los que la velocidad del viento sobrepasa las doscientas cincuenta millas por hora.
-¿Se dan cuenta? -replicó el doctor-. Con una rapidez tal cruzaría África en doce horas; me levantaría en Zanzíbar y me acostaría en San Luis.
-Pero -repuso el oficial- ¿acaso podría un globo ser arrastrado a una velocidad semejante?
-Es cosa que se ha visto -respondió Fergusson.
-¿Y el globo resistió?
-Perfectamente. Fue en la época de la coronación de Napoleón, en 1804. El aeronauta Garnerin lanzó en París, a las once de la noche, un globo, con la siguiente inscripción en letras de oro: "París, 25 frimario año XIII, coronación del emperador Napoleón por S. S. Pío VII." A día siguiente, a las cinco de la mañana, los habitantes de Roma veían el mismo globo balancearse sobre el Vaticano, recorrer la campiña romana y caer en el lago de Braciano. Así pues, señores, un globo puede resistir tan considerable velocidad.
-Un globo, sí; pero un hombre... -balbució tímidamente Kennedy.
-¡Un hombre también! Porque no lo olviden, un globo siempre está inmóvil con relación al aire que lo circunda; no es él el que avanza, sino la propia masa de aire. Si encendemos una vela en la barquilla, la llama no oscilará siquiera. Un aeronauta que se hubiese hallado en el globo de Garnerin, no habría sufrido ningún daño a causa de la velocidad. Además, yo no trato de alcanzar una rapidez semejante, y si durante la noche puedo enganchar el ancla en algún árbol o algún accidente del terreno, no dejaré de hacerlo. Llevamos víveres para dos meses, y nada impedirá que nuestro hábil cazador nos proporcione caza en abundancia cuando tomemos tierra.
-¡Ah! ¡Señor Kennedy! ¡Dará golpes maestros! -dijo un joven guardiamarina, mirando al escocés con envidia.
-Sin contar -repuso otro- con que a su placer se asociará una gran gloria.
-Señores -respondió el cazador-, soy muy sensible ... a sus cumplidos..., pero no me corresponde aceptarlos ...
-¡Cómo! -exclamaron todos-. ¿No partirá?.
-No partiré.
-¿No acompañará al doctor Fergusson?
-No sólo no le acompañaré, sino que mi presencia aquí no tiene más objeto que intentar detenerle hasta el último momento.
Todas las miradas se dirigieron al doctor.
-No le hagan caso -respondió éste con calma-. Es un asunto que no se debe discutir con él; en el fondo, sabe perfectamente que partirá.
-¡Por san Patricio! -exclamó Kennedy-. juro...
-No jures nada, amigo Dick. Estás medido y pesado, y también lo están tu pólvora, tus escopetas y tus balas; así que no hablemos más del asunto.
Y de hecho, desde aquel día hasta la llegada a Zanzíbar, Dick no dijo esta boca es mía. No habló ni del asunto ni de ninguna otra cosa. Calló.

**Capitulo 9**

El Resolute avanzaba rápidamente hacia el cabo de Buena Esperanza. El tiempo se mantenía sereno, aunque el mar se pico un poco.
El 30 de marzo, veintisiete días después de la salida de Londres, se perfiló en el horizonte la montaña de la Mesa. La ciudad de El Cabo, situada al pie de un anfiteatro de colinas, apareció a lo lejos, y muy pronto el Resolute ancló en el puerto. Pero el comandante no hacía escala allí, sino para proveerse de carbón, lo que fue cosa de un día, y al siguiente el buque se dirigió hacia el sur para doblar la punta meridional de África y entrar en el canal de Mozambique.
No era aquél el primer viaje por mar de Joe, de manera que éste no tardó en hallarse a bordo como en su propia casa. Todos le querían por su franqueza y su buen humor. Gran parte de la celebridad de su señor repercutía en él. Se le escuchaba como a un oráculo, y no se equivocaba más que cualquier otro.
Mientras el doctor proseguía su curso en la cámara de los oficiales, Joe se despachaba a gusto en el castillo de proa y hacía historia a su manera, procedimiento seguido por los más eminentes historiadores de todos los tiempos.
Se trataba, como era natural, del viaje aéreo. Joe consiguió, no sin trabajo, que aceptasen la empresa los espíritus recalcitrantes; pero, una vez aceptada, la imaginación de los marineros, estimulada por los relatos de Joe, ya no concibió nada que fuese imposible.
El ameno narrador persuadía a su auditorio de que después de aquel viaje emprenderían otros muchos. Aquél no era más que el primer eslabón de una larga serie de empresas sobrehumanas.
-Creedme, camaradas; cuando se ha probado este género de locomoción, no se puede prescindir de él; así es que, en nuestra próxima expedición, en lugar de ir de lado, iremos hacia adelante sin dejar de subir.
-¡Bueno! -exclamó un oyente, maravillado-. Entonces llegaréis a la Luna.
-¡A la Luna! -respondió Joe con desdén-. ¡No, eso es demasiado común! A la Luna va todo el mundo. Además, allí no hay agua y es preciso llevar una enorme cantidad de provisiones; e incluso atmósfera en frascos, por poco interés que se tenga en respirar.
-¡Con tal de que haya ginebra! -dijo un marinero muy aficionado a esta bebida.
-Tampoco, camarada. ¡No! Nada de Luna. Recorreremos esas hermosas estrellas, esos encantadores planetas de los que tantas veces me ha hablado mi señor. Visitaremos primero Saturno...
-¿ El que tiene un anillo? -preguntó el contramaestre.
-¡Sí, un anillo nupcial! Lo que ocurre es que se ignora el paradero de su mujer.
-¡Cómo! ¿Tan alto irán? -preguntó un grumete, atónito-. Su señor debe de ser el diablo.
-¿El diablo? ¡Es demasiado bueno para ser el diablo!
-¿Y después de Saturno? -preguntó uno de los más impacientes del auditorio.
-¿Después de Saturno? Haremos una visita a Júpiter, un extraño país donde los días no son más que de nueve horas Y media, lo cual resulta cómodo para los perezosos, y donde los años, por extraño que parezca duran doce años, lo cual ofrece ventajas para los que no tienen más que seis meses de vida. ¡Eso prolonga algo su existencia!
-¿Doce años? -repuso el grumete.
-Sí, pequeño, en esas tierras tú mamarías aún, y aquel de allá, que roza la cincuentena, sería un chiquillo de cuatro anos y medio.
-¡No puede ser! -exclamaron unánimes todos los hombres que se hallaban en el castillo de proa.
-Es la pura verdad --dijo Joe con aplomo-. Pero ¿que queréis? Cuando uno se empeña en vegetar en este mundo, no aprende nada y es tan ignorante como una marsopa. ¡Pasead un poco por Júpiter y veréis! ¡Es menester, sin embargo, saber comportarse allí arriba, pues hay satélites que no son tolerantes!
Y todos reían, pero sólo le creían hasta cierto punto.. Y él les hablaba de Neptuno, donde los marineros son muy bien recibidos, y de Marte, donde los militares imponen su autoridad, lo cual acaba por resultar fastidioso. En cuanto a Mercurio, es un pícaro país de ladrones y mercaderes, tan parecidos unos a otros que difícilmente se les distingue. Y, por último, de Venus les pintaba un cuadro verdaderamente encantador.
-Y cuando volvamos de esta expedición -dijo el ameno narrador- se nos condecorará con la Cruz del Sur, que brilla allá arriba en el ojal del buen Dios.
-¡Y bien merecida la tendréis! -admitieron los marineros.
Así, en alegres pláticas, transcurrían las largas tardes en el castillo de proa. Mientras tanto, las conversaciones instructivas del doctor seguían su camino.
Un día, hablando de la dirección de los globos, se le pidió a Fergusson que diese acerca del particular su parecer.
-Yo no creo -dijo- que se pueda llegar a dirigir un globo. Conozco todos los sistemas que se han ensayado o ideado, y ni uno solo es practicable. Como comprenderán, me he ocupado de esta cuestión, de interés capital para mí. Sin embargo, no he podido resolverla con los medios suministrados por los conocimientos actuales de la mecánica. Sería preciso descubrir un motor de un poder extraordinario y de una ligereza imposible. Y aun así, no se podrían contrarrestar las corrientes de cierta importancia. Además, hasta ahora se ha pensado más en dirigir la barquilla que el globo, lo cual es un error.
-Existe, sin embargo -replicó un oficial-, una gran relación entre un aeróstato y un buque, y éste puede dirigirse a voluntad.
-No -respondió el doctor Fergusson-. Existe muy poca relación o ninguna. El aire es infinitamente menos denso que el agua, en la cual el buque no se sumerge más que hasta cierto punto, mientras que el aeróstato se abisma por completo en la atmósfera y permanece inmóvil con relación al fluido circundante.
-¿Cree entonces que la ciencia aerostática ha dicho ya su última palabra?
-¡No tanto! ¡No tanto! Es preciso buscar otra cosa; si no se puede dirigir un globo, al menos hay que intentar mantenerlo en las corrientes atmosféricas favorables. Éstas, a medida que se sube, se vuelven mucho más uniformes y son constantes en su dirección; ya no las perturban los valles y las montañas que surcan la superficie del planeta, y eso, como muy bien sabe, es la principal causa de las variaciones del viento y de la irregularidad de su soplo. Una vez determinadas estas zonas, el globo no tendrá más que colocarse en las corrientes que le convengan.
-Pero, entonces -repuso el comandante Pennet-, para alcanzarlas será menester subir o bajar constantemente. He ahí la verdadera dificultad, mi querido doctor.
-¿Por qué, mi querido comandante?
-Entendámonos: sólo supondrá una dificultad y un obstáculo para los viajes de largo recorrido, no para los simples paseos aéreos.
-¿Y tendría la bondad de decirme por qué?
-Porque para subir es imprescindible soltar lastres, y para bajar es imprescindible perder gas, y con tanto subir y bajar las provisiones de gas y de lastre se agotan enseguida.
-He ahí la cuestión, amigo Pennet. He ahí la única dificultad que debe procurar allanar la ciencia. No se trata de dirigir globos; se trata de moverlos de arriba abajo sin gastar ese gas que constituye su fuerza, su sangre, su alma, si es lícito hablar así.
-Tiene razón, mi querido doctor, pero esa dificultad aún no está resuelta, ese medio todavía no se ha encontrado.
-Perdone, se ha encontrado.
-¿Quién lo ha encontrado?
-¡Yo!
-¿Usted?
-Comprenderá que, de otro modo, no me aventuraría a cruzar África en globo. ¡A las veinticuatro horas me quedaría sin gas!
-Pero no habló de eso en Inglaterra.
-¿Para qué? Quería evitar una discusión pública; me parecía algo inútil. Hice experimentos preparatorios en secreto y quedé satisfecho de ellos. No tenía necesidad de más.
-Y bien, mi querido Fergusson, ¿sería una imprudencia preguntarle su secreto?
-En absoluto. El medio es muy sencillo, señores; ahora lo verán.
El auditorio redobló su atención y el doctor tomó tranquilamente la palabra.

**Capitulo 10**

El Resolute avanzaba rápidamente hacia el cabo de Buena Esperanza. El tiempo se mantenía sereno, aunque el mar se pico un poco.
El 30 de marzo, veintisiete días después de la salida de Londres, se perfiló en el horizonte la montaña de la Mesa. La ciudad de El Cabo, situada al pie de un anfiteatro de colinas, apareció a lo lejos, y muy pronto el Resolute ancló en el puerto. Pero el comandante no hacía escala allí, sino para proveerse de carbón, lo que fue cosa de un día, y al siguiente el buque se dirigió hacia el sur para doblar la punta meridional de África y entrar en el canal de Mozambique.
No era aquél el primer viaje por mar de Joe, de manera que éste no tardó en hallarse a bordo como en su propia casa. Todos le querían por su franqueza y su buen humor. Gran parte de la celebridad de su señor repercutía en él. Se le escuchaba como a un oráculo, y no se equivocaba más que cualquier otro.
Mientras el doctor proseguía su curso en la cámara de los oficiales, Joe se despachaba a gusto en el castillo de proa y hacía historia a su manera, procedimiento seguido por los más eminentes historiadores de todos los tiempos.
Se trataba, como era natural, del viaje aéreo. Joe consiguió, no sin trabajo, que aceptasen la empresa los espíritus recalcitrantes; pero, una vez aceptada, la imaginación de los marineros, estimulada por los relatos de Joe, ya no concibió nada que fuese imposible.
El ameno narrador persuadía a su auditorio de que después de aquel viaje emprenderían otros muchos. Aquél no era más que el primer eslabón de una larga serie de empresas sobrehumanas.
-Creedme, camaradas; cuando se ha probado este género de locomoción, no se puede prescindir de él; así es que, en nuestra próxima expedición, en lugar de ir de lado, iremos hacia adelante sin dejar de subir.
-¡Bueno! -exclamó un oyente, maravillado-. Entonces llegaréis a la Luna.
-¡A la Luna! -respondió Joe con desdén-. ¡No, eso es demasiado común! A la Luna va todo el mundo. Además, allí no hay agua y es preciso llevar una enorme cantidad de provisiones; e incluso atmósfera en frascos, por poco interés que se tenga en respirar.
-¡Con tal de que haya ginebra! -dijo un marinero muy aficionado a esta bebida.
-Tampoco, camarada. ¡No! Nada de Luna. Recorreremos esas hermosas estrellas, esos encantadores planetas de los que tantas veces me ha hablado mi señor. Visitaremos primero Saturno...
-¿ El que tiene un anillo? -preguntó el contramaestre.
-¡Sí, un anillo nupcial! Lo que ocurre es que se ignora el paradero de su mujer.
-¡Cómo! ¿Tan alto irán? -preguntó un grumete, atónito-. Su señor debe de ser el diablo.
-¿El diablo? ¡Es demasiado bueno para ser el diablo!
-¿Y después de Saturno? -preguntó uno de los más impacientes del auditorio.
-¿Después de Saturno? Haremos una visita a Júpiter, un extraño país donde los días no son más que de nueve horas Y media, lo cual resulta cómodo para los perezosos, y donde los años, por extraño que parezca duran doce años, lo cual ofrece ventajas para los que no tienen más que seis meses de vida. ¡Eso prolonga algo su existencia!
-¿Doce años? -repuso el grumete.
-Sí, pequeño, en esas tierras tú mamarías aún, y aquel de allá, que roza la cincuentena, sería un chiquillo de cuatro anos y medio.
-¡No puede ser! -exclamaron unánimes todos los hombres que se hallaban en el castillo de proa.
-Es la pura verdad --dijo Joe con aplomo-. Pero ¿que queréis? Cuando uno se empeña en vegetar en este mundo, no aprende nada y es tan ignorante como una marsopa. ¡Pasead un poco por Júpiter y veréis! ¡Es menester, sin embargo, saber comportarse allí arriba, pues hay satélites que no son tolerantes!
Y todos reían, pero sólo le creían hasta cierto punto.. Y él les hablaba de Neptuno, donde los marineros son muy bien recibidos, y de Marte, donde los militares imponen su autoridad, lo cual acaba por resultar fastidioso. En cuanto a Mercurio, es un pícaro país de ladrones y mercaderes, tan parecidos unos a otros que difícilmente se les distingue. Y, por último, de Venus les pintaba un cuadro verdaderamente encantador.
-Y cuando volvamos de esta expedición -dijo el ameno narrador- se nos condecorará con la Cruz del Sur, que brilla allá arriba en el ojal del buen Dios.
-¡Y bien merecida la tendréis! -admitieron los marineros.
Así, en alegres pláticas, transcurrían las largas tardes en el castillo de proa. Mientras tanto, las conversaciones instructivas del doctor seguían su camino.
Un día, hablando de la dirección de los globos, se le pidió a Fergusson que diese acerca del particular su parecer.
-Yo no creo -dijo- que se pueda llegar a dirigir un globo. Conozco todos los sistemas que se han ensayado o ideado, y ni uno solo es practicable. Como comprenderán, me he ocupado de esta cuestión, de interés capital para mí. Sin embargo, no he podido resolverla con los medios suministrados por los conocimientos actuales de la mecánica. Sería preciso descubrir un motor de un poder extraordinario y de una ligereza imposible. Y aun así, no se podrían contrarrestar las corrientes de cierta importancia. Además, hasta ahora se ha pensado más en dirigir la barquilla que el globo, lo cual es un error.
-Existe, sin embargo -replicó un oficial-, una gran relación entre un aeróstato y un buque, y éste puede dirigirse a voluntad.
-No -respondió el doctor Fergusson-. Existe muy poca relación o ninguna. El aire es infinitamente menos denso que el agua, en la cual el buque no se sumerge más que hasta cierto punto, mientras que el aeróstato se abisma por completo en la atmósfera y permanece inmóvil con relación al fluido circundante.
-¿Cree entonces que la ciencia aerostática ha dicho ya su última palabra?
-¡No tanto! ¡No tanto! Es preciso buscar otra cosa; si no se puede dirigir un globo, al menos hay que intentar mantenerlo en las corrientes atmosféricas favorables. Éstas, a medida que se sube, se vuelven mucho más uniformes y son constantes en su dirección; ya no las perturban los valles y las montañas que surcan la superficie del planeta, y eso, como muy bien sabe, es la principal causa de las variaciones del viento y de la irregularidad de su soplo. Una vez determinadas estas zonas, el globo no tendrá más que colocarse en las corrientes que le convengan.
-Pero, entonces -repuso el comandante Pennet-, para alcanzarlas será menester subir o bajar constantemente. He ahí la verdadera dificultad, mi querido doctor.
-¿Por qué, mi querido comandante?
-Entendámonos: sólo supondrá una dificultad y un obstáculo para los viajes de largo recorrido, no para los simples paseos aéreos.
-¿Y tendría la bondad de decirme por qué?
-Porque para subir es imprescindible soltar lastres, y para bajar es imprescindible perder gas, y con tanto subir y bajar las provisiones de gas y de lastre se agotan enseguida.
-He ahí la cuestión, amigo Pennet. He ahí la única dificultad que debe procurar allanar la ciencia. No se trata de dirigir globos; se trata de moverlos de arriba abajo sin gastar ese gas que constituye su fuerza, su sangre, su alma, si es lícito hablar así.
-Tiene razón, mi querido doctor, pero esa dificultad aún no está resuelta, ese medio todavía no se ha encontrado.
-Perdone, se ha encontrado.
-¿Quién lo ha encontrado?
-¡Yo!
-¿Usted?
-Comprenderá que, de otro modo, no me aventuraría a cruzar África en globo. ¡A las veinticuatro horas me quedaría sin gas!
-Pero no habló de eso en Inglaterra.
-¿Para qué? Quería evitar una discusión pública; me parecía algo inútil. Hice experimentos preparatorios en secreto y quedé satisfecho de ellos. No tenía necesidad de más.
-Y bien, mi querido Fergusson, ¿sería una imprudencia preguntarle su secreto?
-En absoluto. El medio es muy sencillo, señores; ahora lo verán.
El auditorio redobló su atención y el doctor tomó tranquilamente la palabra.